

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 7.000 EJEMPLARES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

10 números decenales 0,50 de peseta
20 » » 1 »
y así sucesivamente.
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

PAGO ADELANTADO

«Este precepto os doy: «Que os ameis los unos á los otros como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos)

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería «La Escolar» Corrida 73, y en el comercio «La Epoca» San Bernardo 38 y 40.

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

La moderna esclavitud

En la estación de Saint Fargeáu. Un hombre ha bajado, el último, de un coche de tercera, en el preciso momento de arrancar el tren.

Se muestra receloso...

¿Será un malhechor?... No... Con sus anchos pantalones de pana raída, su faja colorada, su blusa azul, su aire bonachón de galo, de bigotazos caídos, delatan únicamente un bravo campesino.

Deslizándose á lo largo del muro, observa y mira á derecha... é izquierda de la vía... y después hacia fuera...

Todo está tranquilo alrededor de la estación; los pájaros entonan bajito, desde las ramas, su oración de la tarde; el Sena, perezoso, parece extender los brazos sobre la almohada verde de los prados, para pasar una buena noche, y los grupos de viajeros semejan ya manchas pequeñas que se esfuman en las lejanías del horizonte.

El rezagado toma entonces apresuradamente su hatillo... Una última ojeada... y se lanza á la carrera, por el camino que, entre árboles, conduce hasta el pueblo.

No llevaba dos minutos de camino cuando tres hombres con americana de hule, llegan á todo correr de sus bicicletas: buscan á un traidor.

—¡Te aseguro que ha bajado aquí... Quiso bajar en Ponthierry... pero te vió á ti, zángano!

—¿A mí, qué había de verme?

—¡Sí... á ti...! te asomaste por cima de la valla y se escondió... debajo de los bancos del vagón.

En este momento encuentran á una niña con un pan enorme en las manos.

—Dime, pequeña—pregunta el jefe

—¿has visto por la carretera un compañero nuestro?

—Sí... —dice la niña.

—¿Con los pantalones marrón?

—¡Precisamente!...

—¿Va muy lejos?

—¡No, pero corre mucho!

—¡Adelante!...—clama con grito salvaje uno de los tres.

Y la niña, un poco turbada, los ve montar sobre las máquinas, y devorar vertiginosamente la empinada cuesta.

Al fin el campesino traidor es alcanzado. El infeliz está pálido... temblando de pavor en su ancho vestido de trabajo. Sin embargo, se encara con ellos.

—¡Hola! ¿Qué es eso? ¿Se busca bronca?

—Se busca.

Arrojan las bicicletas en la cuneta del camino.

—... ¡Ah! ¡Hipócrita!... ¡Ah! ¡Traidor! ¿No sabías que todo el año está abierta la caza del zorro?

—¡Yo tengo derecho á trabajar,... me parece!... ¿No somos libres?

—¡Libertad te vamos á dar á ti... ¡Borracho! ¡Mala bestia!

El campesino se apoyó contra un árbol, y enarbola una botella.

—¡Al primero que venga!...

Miran alrededor los tres agresores y se cercioran de que están solos. Entonces se abalanzan ferozmente.

—Ah! ¿Con qué tú eres libre? ¡Toma... reptil!

Y descargan con llaves y vergajos golpes terribles sobre el pecho de aquel pobre trabajador, quemado por todos los soles y lavado por todas las lluvias. Los zapatones claveteados se los hundieron en el vientre entre jadeos de carniceros al rematar las reses.

—¡Toma!... ¡Aquí tienes tu pago!... ¡Toma, traidor! ¡Toma, vendido!

Ha caído en tierra. El jefe de la banda de un taconazo, le aplasta la nariz:

—¡Este es el sello del Sindicato!...

Desvanecida la víctima, permanece inmóvil, bañada en su sangre.

Se consultan entonces los criminales:

—¿Qué hacemos?

—Dejarlo que reviente ahí—exclama uno, levantando su bicicleta.

—¡No! ¡Más vale otra cosa! Ven acá y echa una mano. ¡Por debajo de los brazos! ¡Y tú... por las piernas!...

Levantán el pesado cuerpo entre los tres.

—¡Aquí... contra el árbol! ¡Sí... con la faja... ata por aquí!... ¡Aprétalo como un fardo... más apretado aún. Después colguémosle su canasto del cuello!

Aún brotaron algunas injurias, que el campesino no oyó, y montaron en sus máquinas.

Al día siguiente, de mañana, un sacerdote que bajaba la cuesta, para ir á la estación, vió, de repente, una especie de cadáver atado á un árbol con una faja colorada, y de cuyo cuello pendía un canasto.

A toda prisa se puso á desatarlo:

—¡Pobre hombre!... ¿Quiénes fueron los bandidos?...

—No fueron los bandidos...—gimió el desgraciado.

—¿Entonces quién?

—Compañeros...

—Pero ¿por qué?

Entre quejidos, que le arrancaba el dolor, exclamó:

—¿Comprende usted?... Yo tengo mujer... é hijos... Esta es la tercera huelga en dos meses. Una huelga absurda... Nadie sabe por qué... Me atreví á trabajar...

—¡Se atrevió usted á trabajar—repite el sacerdote...—¿Tan grave crimen es ello?

—Tan grave, que cinco compañeros han pasado por delante de mí esta mañana... no mala gente al parecer... y ni uno ha tenido el valor de soltarme.

—¡Es increíble!

—¡Oh! ¡Sí!... Por culpa del Sindicato—murmura el campesino, con el espanto en los ojos...

Y el sacerdote, continuando su camino, en medio de la calma apacible de la naturaleza, que despertada á los primeros albores de la mañana, pensaba:

—¡Pobre gente!... Cristo hizo el obrero libre, la Iglesia los nobles gremios, las logias inmorales han vuelto á hacerle esclavo... ¡y qué esclavo!

PIERRE L'ERMITE.

¿SERA VERDAD?

Pues señor, amigo de mi alma, que un día, Dios dispuso recibir en corte á los representantes de las distintas naciones del globo, porque á todas y cada una de ellas quería dispensar alguna merced.

Reuniéronse para el caso todos los ángeles y todos los arcángeles, y los tronos y los serafines, y las potestades y las dominaciones... se reunió toda la corte celestial que daba gusto verla.

Las albas vestiduras, los nimbos resplandecientes de luz, los rostros de los bienaventurados; ¡qué hermoso conjunto de bellezas y armonías, sin una nota discordante!

El primero que llegó hasta las gradas del trono del Altísimo fué S. Luis. Llevaba la representación de los hijos de Francia, y en su andar acompasado y seguro se notaban las reminiscencias del guerrero de las Cruzadas.

—Señor, dijo el santo, mis buenos franceses desean tener un gran ejército y conquistar la gloria de las batallas.

—Concedido, respondió el Señor.

Pasó el tiempo, y los ejércitos de Napoleón recorrían el mundo, y todo lo domeñaban las águilas imperiales.

Llegó S. Jorge poco después. Inclínose ante la Majestad de los Cielos, y estuvo esperando. El Señor le acogió con amorosa benevolencia, y entonces habló el Santo.

—Señor, los habitantes de las islas, donde se encuentra la verde Erin, viven rodeados de mar por todas partes, y ambicionan por eso poseer una escuadra, la mejor del mundo.

—Lo tienen concedido, dijo Dios; puedes irte en paz.

A poco, las escuadras poderosas de Inglaterra llenaban los mares, hasta alcanzar el temible desarrollo de hoy.

Enseguida apareció S. Jenaro.

—Yo os pido, Soberano Señor, que Italia, la del cielo purísimo, tenga los mejores pintores, los artistas más inspirados.

—Te lo concedo, respondió el Señor.

Por eso en la historia del arte brillan tantos nombres de artistas geniales de Italia.

Así fueron pasando por ante el trono de Dios los Santos que patrocinaban á las naciones.

Ya parecía que habían pasado todos: ya á nadie se esperaba.

Y entonces los porteros celestiales anunciaron á otro Santo.

Llegaba Santiago apresuradamente, sujetándose la esclavina llena de conchas, con el sombrero de peregrino un poco echado hacia atrás, como hombre que ha temido perder la ocasión ansiada durante mucho tiempo.

Jadeante, sin respirar apenas; se presentó trémulo y algo cortado, ante Nuestro Señor. Una mirada llena de resplandores y de misericordias,

del Maestro, le infundió fuerzas y esperanzas, y al fin pudo hablar.

—Señor, Señor, perdonadme por no haber llegado antes; me he retrasado. ¿Me perdonáis, Señor? Con los hijos de mi querida España tengo que andar así; nunca se acuerdan de Santa Bárbara hasta que truena, y todo lo disponen á última hora.

—Pide, Jacobo, pide lo que desees, le contestó piadosamente el Señor.

—Os pido para mi pueblo una pura y arraigada fe.

—La tendrá, dijo el Señor.

—Os pido para mis españoles el poderío de dos mundos.

—Concedido.

—Y os pido que cuando llegue la época constitucional, les otorguéis el mejor gobierno y los mejores legisladores.

—Eso no, dijo resueltamente Nuestro Señor. Que aprendan á tener diputados y á elegirse los ellos, y no sean bobos.

—Por eso España tuvo una fe acendrada y el poderío de los mundos. Pero en los tiempos que corren no tiene ni un gobierno ni unas Cortes medio decentes. No hemos dejado todavía de ser bobos.

—¡Y sabe Dios cuándo lo dejaremos de ser.

EL SALMANTINO.

UN GOBIERNO CATÓLICO

Uno de los lugares comunes de la retórica anticlerical es el de que un pueblo no puede prosperar bajo un Gobierno católico.

Aquí está sucediendo ahora, que para ponernos *al ras* con las naciones más adelantadas, empieza á combatirse descaradamente al catolicismo.

¡Qué miopía!

El progreso realizado por Bélgica en todos los órdenes—industrial, comercial, económico, científico y artístico—durante estos últimos 26 años, demuestra precisamente lo contrario, es decir, que á un Gobierno católico le basta un cuarto de siglo para colocar y conducir, á la cabeza de las naciones, a través de la paz social y religiosa, á un país que la masonería colocó junto al abismo.

Al día siguiente de las elecciones de 1884, que aplastaron al que ha quedado en la historia con el nombre de «Gobierno de horror» y que dieron á los católicos una triunfal mayoría, el periódico liberal *La Gazette*, escribía bajo el título irónico de *El Gobierno de la Prosperidad Nacional* estas palabras: «¡Por fin vamos á ser ricos y felices!... ¡va á manifestarse la virtud del Ministerio de la Prosperidad Nacional!»

Nunca pudo pensar la hoja masónica que iba á ser tan excelente profetisa y que en efecto sus burlas saldrían veras. La prueba esplendente de la prosperidad Nacional Católica, escribía no ha mucho el eminente Abogado y ex Ministro socialista Edmundo Picard, en el diario liberal *La Chronique*, de Bruselas, «está en la estadística de su comercio exterior, que coloca á Bélgica, á pesar de su pequeñísima extensión territorial (29.456 kilómetros cuadrados; España, por ejemplo, tiene 504.571!) en el QUINTO LUGAR entre todas las naciones del mundo—parece increíble—y la iguala á la mitad de Francia, aun cuando el número de sus habitantes es seis veces menor y menor dieciocho veces su superficie.»

El año 1884 la cifra global de importaciones y exportaciones era de 2.763 millones. En 1910, si los excelentes resultados anotados por el *Boletín Mensual* del Comercio de Bélgica con los países extranjeros durante el primer trimestre, se mantienen—y todo parece augurar que tienden á crecer—Bélgica alcanza una cifra de negocios de 7.000 MILLONES, ó sea 1.474 millones más del doble de la cifra de 1884! Por habitante, la cifra global citada alcanza 714 francos, para Bélgica. Para Inglaterra es de 555; para Alemania, 240; para Francia, 230 y para Rusia, 40. Lo cual coloca á Bélgica á la cabeza de las grandes naciones por la actividad industrial y comercial.

Añádase á esto que bajo la tutela católica los impuestos han ido disminuyendo progresivamente, y aumentando los beneficios á los obreros. Así, durante los 26 años de gobierno católico, los depósitos en la Caja de Ahorros han aumentado de un modo colosal. En 1908, estos depósitos eran de 1.358 MILLONES; en 1884 sólo alcanzaban 960.564 francos!...

El progreso de Bélgica en todas las ramas de la humana actividad, gracias á la honradez y sapiencia del Gobierno católico salta á la vista de todos, de tal manera que uno de los masones más sectario Mr. Mirgnet, Profesor de la Escuela Eorm.*.* de Mons y otro Mr. Pergameni, catedrático agregado de la Univ.*.* de Bruselas, decían en un folleto editado en 1909: *Durante estos últimos 25 años, Bélgica no ha dejado un solo momento de prosperar..*

Y el Sr. Mauricio Vanthier, Profesor y ex Rector de la Universidad masónica de Bruselas, ha hecho esta preciosa confesión que destruye definitivamente el lugar común á que hemos aludido al principio: «En un régimen constitucional y parlamentario... un partido sólo demuestra su vitalidad, gobernando...

Nuestros adversarios vienen demostrando hace un cuarto de siglo que son capaces de ejercer función eventual en el Estado, es decir, que son capaces de gobernar.

Un periódico liberal escribe:

«No se puede criticar al gran Ministerio católico... Tiene defectos, pero se anulan ante el conjunto.»

Por todo esto, es en vano que los anticlericales se esfuercen en atraer al pueblo y recalentarlo en sus mitines anticatólicos. *El pueblo quiere continuar con este Gobierno clerical.*

En contraposición á este régimen, véase lo que sucede en Francia gobernada por el anticlericalismo.

¡Pongámonos en guardia!

¡La muerte antes que consentir la ruina de esta hermosa nación por el sectarismo!

DOS LAICOS

Los que más gritan contra las monjas, contra los frailes, contra los curas, son don Torcuato de las Esponjas, y su costilla Celia Posturas.

Y es lo notable que don Torcuato que era un chiquillo sin pan ni ropa, lo sacó todo de un Patronato, desde los libros hasta la sopa.

Curas y frailes le hicieron hombre, sin exigirle ni una peseta, y en pago de ello, no tienen nombre los disparates que él enjareta.

Su esposa Celia, huérfana y sola, fué por monjitas bien enseñada, y ella, dejando rodar la bola, cogía todo no dando nada.

Con tal apoyo se abrió camino, ganó dinero, se hizo señora, y no hay dislate ni desatino que en contra de ellas no diga ahora.

Torcuato y Celia son dos modelos que tienen muchos imitadores entre las gentes de todos pelos que contra el clero dicen horrores.

FERMIN

Continúa la charla

Siquiera para completar media docena de los *botones de muestra* que en los números 136 y 137 pusimos á vuestra consideración, amables lectores, vamos hoy á dar los tres que faltan. Claro que es materia inagotable esta que trata de los enemigos de la religión y de las *poderosas* causas que tienen para combatirla; ignorancia y vicios. En *Charlas* sucesivas mucho de ello irá saliendo, como mucho hemos expuesto ya en anteriores.

Hoy vamos á presentar tres combatientes anticatólicos, cuyas causas no son las de ignorar las grandezas y bondades de la religión de Cristo, sino cierta malicia, cierta mala fe, motivos más reprobables que los ya dichos y examinados.

I

Observad al primer combatiente. Es un mágico de la palabra: su oratoria fogosa, fantástica, agradable, atrae á las masas que le escuchan embobadas, que le aplauden sin cansar. Cada atrevimiento de este orador ó escritor, lo mismo nos da, es acogido con muestras de admiración y aprobación. Se le cree como á un oráculo, y por que así se le cree, causa tantos y tamaños desastres en el pueblo sencillo.

A uno de estos oradores le dije yo después de una de sus acostumbradas catilinarias contra la religión, diciendo de ella que castra los entendimientos y aniquila la voluntad:—Oye, no puede menos de extrañarme cómo tú que conces la historia de la Religión muy bien, que eres hombre de inteligencia privilegiada, que estás dotado de un espíritu de investigación, como pocos, has podido decir los disparates que has dicho.

Oid lo que contestó:

«Escucha: ahora mismo, usando de mi acostumbrada elocuencia voy á rebatir punto por punto cuanto dije en mi discurso mítinesco de anoche.»

Y, señores, quedé admirado y le aplaudí con ganas. ¡Qué hermosa defensa hizo de la Religión Católica, qué argumentos tan aplastantes contra sus detractores! al más prevenido convenían.

—Entonces, le repliqué luego que hubo concluído, tú que tan bien sabes lo que es, significa y vale esta religión divina ¿por qué en público la combatas?

—¡Qué se yo! el mundo que nos arrastra... la necesidad de encumbrarse... la voluntad que es floja siempre para el bien y activa para el mal, en fin, el enemigo que nunca duerme y que nos jalea á su sabor... ¡Compadécenos!

II

Este otro que sale ahora á la palestra, conoce también que lo que combate no es digno de ataque sino de acatamiento y alabanza. El sabe muy bien

que la Religión Católica es la única verdadera... pero los vicios que le apartan de ella le hacen á la vez mirarla con odio y hasta ultrajarla.

No se atreve á decir ¡cómo ha de decirlo! la avaricia, la gula y la lujuria me apartaron de una religión que las condena, y como no se atreve á decirlo, busca recursos con los que disculpar su caída.

—Déjame en paz, si he renunciado á las prácticas religiosas es porque he visto en ellas mucha rutina, mucho fanatismo, mucha hipocresía, y á mí no me gusta engañar á nadie.

—¿Acaso, amigo mío, cuando eso viste, tu conducta pública de cristiano, yo no correspondía con tu conducta privada? Cúlpate á tí si así era, pero no á lo que de suyo es digno, sublime, necesario.

—Yo encuentro ridículo en un hombre esas prácticas de piedad.

—¿Ridícula la piedad? ¿tan perverso eres?

—Mira, Lutero era un fraile, sabio y listo como todos los frailes, Tú ya sabes que colgó los hábitos y se dió á la buena vida, ¿qué dice esto?

—A Lutero le roía el alma un pasión vergonzosa y los hábitos le estorbaban. Pero Lutero con todo y con eso sabía que no iba por buen camino. ¿No recuerdas aquellas sus palabras cuando en compañía de su *íntima* contemplaba una noche el firmamento estrellado? «¡Ay, Catalina, Catalina, qué hermoso es ese cielo, pero ya no es para nosotros!» Esto debe darte á comprender bastante. Suprime el sexto y séptimo Mandamiento de la ley de Dios y verás cuántos dejan de combatir al Catolicismo, haciéndose fervientes adoradores suyos.

—Bueno, adios.

III

¿Quién creereis que llega ahora, arma en ristre contra la religión del Divino Crucificado?

Entre los doce discípulos de Cristo, entre aquellos que más de cerca gozaban de las dulzuras del Nazareno, hubo un Judas que le vendió á sus enemigos.

Entre los que se dicen católicos hay también algunos.

De estos vamos á tratar brevemente, para no cansaros.

No son los peores enemigos ni los más temibles los que combaten la religión desde fuera; los que más daños causan á ella, son esos mismos que llamándose sus observantes descuidan su conducta de tales hasta el extremo de escandalizar con malos ejemplos.

¡Y cómo se fijan en estos católicos inconsecuentes, que toman de la ley de Dios y de su Iglesia lo que les es más cómodo, esos de fe débil que poco les basta para matarla, y esos otros que están siempre en acecho de cualquier desliz humano para proveerse de *argumentos* contra la Iglesia de Cristo! Nada conseguirán, es verdad, contra

ella según promesa divina, pero «¡ay de aquellos por quienes viniere el escándalo!»

Si los que se precian de católicos fuesen de verdad ¿qué mejor medio de contrarrestar las artes del enemigo, de hacer propaganda de la buena Doctrina?

—«Mirad ese, dicen algunos, que tanto reza y luego da al prójimo contra una esquina, si todo eso de la religión es una farsa». Aunque tal modo de juzgar y de sacar consecuencias es completamente peregrino y propio de gentes ya de suyo flojas en la virtud, ¿qué duda cabe que ello demuestra cómo el ejemplo puede más que la palabra?

¡Dios tenga piedad de todos!

Las Ordenes religiosas

juzgadas por protestantes

El Senado de Baviera discurrió no hace mucho tiempo el asunto de las Ordenes religiosas, y tomando parte en la discusión el marqués de Cramer Klett, hizo las siguientes declaraciones:

«¿Tendré yo que proclamar *mi* convicción de que las Ordenes religiosas del Occidente constituyen lo más distinguido, la flor de la cristiandad entera? Se me objetará quizás que, habiendo yo nacido, sido educado y permanecido en una confesión distinta, no me halló en condiciones para formarme un criterio adecuado. Pues bien, lo contrario es la verdad cabal: á concepto mío; mi situación me permite una imparcialidad á la que no alcanza la de aquellos que desde niños han acostumbrado sentir el prestigio del hábito religioso, mientras que un protestante más bien vería en los religiosos y religiosas unos seres anormales y sospechosos.

«Y si vengo afirmando que las Ordenes religiosas occidentales son la «élite» del cristianismo, no es por recordarme de lo que fueron en las edades pasadas.

«Mas son los más escogidos, porque en esta nuestra época, cuando el «llevar buena vida» parece la norma universal, ellas practican el cristianismo en su forma más elevada, por medio de la pobreza y obediencia. *Y que no se me venga objetar las inmensas riquezas de las Congregaciones.* En los países en que se practica la secularización, no hay por que hablar de ello; en cuanto á los otros países, la verdad es que muy pocas casas están acomodadas, más bien se hallan muy recargadas de compromisos.

«No es exagerado que un Instituto religioso de 50, 80 ó 100 miembros, que sostienen escuelas y hospitales, posea ciertos recursos de fortuna, pues le son necesarios para vivir y sustentar sus obras de caridad. Aun se de muchas casas que, durante años, y aun hoy día, tienen que resolver el problema del pan de cada día.»

¿Qué mayor prueba quereis de la persistencia y vitalidad del cristianismo, que la de que existe en nuestra época este olvido de sí mismo, esta disciplina?

«El motivo que tienen para odiarlas es que las Ordenes religiosas irritan su odio de toda autoridad y su fanatismo en pro del materialismo; es que las Ordenes religiosas son una viviente protesta en favor de los dogmas, de los que han jurado emancipar al mundo.»

«En forma de conclusión, me cabe agradecer al Gobierno real por haber manifestado en la solución de estos dos asuntos el valor, la justicia y la prudencia que sabemos.»

Y el presidente superior del Consistorio protestante doctor von Schneider dijo contestando al marqués de Cramer-Klett:

«Séame permitido agregar pocas palabras á las consideraciones extendidas por el honorable consejero de Estado de Cramer-Klett. No es una vulgar manifestación, confesámoslo, esta entusiasta apología que hizo un protestante de la alta Cámara de instituciones que son un rasgo característico del catolicismo, de la vida religiosa.

«Pues bien, no tengo inconveniente en aceptar los pareceres del honorable preopinante. Más aun, declaro altamente que el estudio de la Edad Media produce la convicción de que *las órdenes monásticas contribuyeron poderosamente, no sólo á la propagación de la fe, sino al desenvolvimiento de la civilización.*»

Me agrada rendir homenaje á los distinguidos méritos de las Ordenes católicas.

A lo que replicó el marqués de Cramer-Klett:

«Me limitaré á contestar al honorable orador preopinante, que, según mi concepto, *las Ordenes religiosas son el esqueleto del catolicismo*, y que el protestantismo no podría sacar sino inmensas ventajas de la adopción de esas instituciones.

Entre comadres

—¡Tía Goría, tía Goría!

—¿Qué, ya vino Canalejas?

—¡Y qué tenemos con eso! ¿Es algún maqueto que viene á trabajar á la mina?

—Qué ha de ser maqueto, mujer: si es ministro.

—¿El ministro, éh? Lo mismo viene á sacar la caldera al tío Toribio, por no pagar la contribución.

—No sea usted boba, tía Goría; se conoce que el su hombre no lee los papeles.

—Pero, ¿qué quiere usted decir, señá Nicanora?

—Pues le digo á usted que vamos á estar en grande, como me dice el mi Juan.

—Bendito sea Dios. ¿Pues qué lotería les ha tocao ó pariente indiano se les ha muerto?

—La lotería es que vamos á entrar en la civilización y en el progreso.

—¡Angela María! ¿Y son buenas esas raciones, para que haga estrellas el caldo?

—¡Qué caldo; ni qué rábanos, tía Goría! Es que van á echar á los frailes.

—Pues qué, ¿no caben en el convento?

—¡Cómo se conoce que usted va á misa, tía Goría!

—Pues, ¿por qué?

—Porque no está usted ilustrada.

—Y ¿para qué vale eso?

—Pa salir uno de probe y gritar: viva la libertad y la democracia, y ahogarlos á todos ellos.

—¡Ave, María Purísima! ¿Pero qué tiene que ver la pobreza de usted y la democracia con las cuatro témporas?

—Tiene que ver; porque por ellos anda mal la España y estamos perdidos de contribuciones y de céulas.

—Pero tía Nicanora. ¿Los frailes son gobernadores?

—No señora.

—¿Y alcaldes?

—Tampoco.

—¿Y menistros?

—Menos.

—¿Recaudan ellos las céulas?

—Na más que las de Comunión.

—¿Pues entonces qué daño le hacen á usted ni á la España?

—Pues dice el mi Juan que así lo traen los papeles.

—Pero, tía Nicanora, ¿qué perjuicio le puede hacer á usted ni á mí la gente que está rezando en su casa?

—Eso le digo yo al mi hombre, pero él dice que son manos muertas.

—¿Y eso, qué quiere decir?

—Pues que no trabajan.

—Ya lo creo que no trabajan en mover la sin hueso para despellejar á la humanidad, pero trabajan con las manos y con la mente para honrar á Dios y ayudar al prójimo, sobre todo al necesitado. Y sino dígame usted, tía Nicanora.

¿Es trabajo andar con chiquillos?

—Demasiado, porque los míos me pudren la sangre.

—¿Y tratar con viejos?

—Insufrible; por eso al mi suegro le mandé yo á las Hermanitas de los Pobres.

—¿Desearía usted vivir entre locos?

—Bastante tengo con el mi Juan cuando viene borracho.

—¿Le gusta á usted habitar entre enfermos y apestados?

—No señora, me hace sufrir hasta los maullidos del gato.

—Pero en cambio usted sería buena para rezar dos calvarios, darse una buena disciplina y marcharse sin cenar á la cama, y todo para rogar á Dios por los pobres pecadores, incluso Canalejas.

—Tía Goría, no siga usted que me da mal. Ustedes las beatas saben más letra menúa que un abogado de los antiguos. A ná que se les tire á ustedes de la lengua echan unos prediques como un Padre capuchino.

—Pues usted ha empezao, tía Nicanora.

—Sí, para decirla que ibamos á estar bien según rezan los papeles del mi Juan.

—Y yo le digo á usted que según rezan los papeles del mismo ministro, tendremos más contribuciones el año que viene y menos gracia de Dios para llevar á costas la probeza; porque tendremos que levantar las contribuciones de los que se marchan, y no tendremos quien nos predique la paciencia para sufrir este nuevo yugo de esclavitud.

—Lo dicho, tía Goría. Es usted tan filósofa que al mismo Canalejas era usted capaz de convencer.

—El señor ministro bien convencido está, señá Nicanora, como se convence todo el que tiene sentido común de la utilidad de los frailes, y de que mucho habíamos de perder el día que se marchasen de nuestra na-

ción; pero ya sabe usted que más de cuatro veces el hombre obra seducido por la pasión sin hacer caso de la razón, en lo cual consiste el pecado, y no es poco gordo el del señor Canalejas y comparsa en la presente materia.

—Vaya, tía Goría, la dejo; que voy á espumar el puchero.

—Sí, si y eche muchos vivas á la democracia á ver si se le llena de grasa.

P. R.

A LOS PADRES

Amáis á vuestros hijos con la más honda ternura de que es capaz el humano corazón. ¡Sabad amarlos!

Os afanáis sin descanso para proporcionarles comodidades y alegrías, pero eso no basta. La educación de su espíritu, no lo dudéis, debe preocuparos tanto como su vestido y su pan.

¿Los queréis felices? No hay más felicidad verdadera que la del bien: hacedlos buenos.

¿Los queréis fuertes? Primero que sean humildes.

¿Los queréis sabios? Primero que sean creyentes.

¿Los queréis ricos? Atesorad virtudes en su pecho.

¿Los queréis poderosos? Hacedlos primero caritativos.

¿Queréis que conquisten para sus frentes lauros inmarcesibles? Enseñadles primero á doblarse ante el Supremo Señor de todas las cosas.

LOS SECTARIOS

Oireis muchas veces á estos desgraciados, infatuados de su *saber*, soberbios hasta el extremo, exclamar arrogantemente:

«Todos somos iguales: no nos reconocemos inferiores á ningun otro hombre; nuestra rodilla no se dobla ni se doblará jamás ante nada ni ante nadie ni de la tierra ni del cielo.»

Y á estos sectarios véseles después arrastrarse á los pies de cualquier mujerzuela y humillarse hasta el servilismo, resultando ridículos á veces, ante cualquier hombre cuya influencia pueda valerles de algo.

Certámen periodístico

En el que acaba de celebrar «Ora et Labora» en Sevilla, resultó, entre otros, premiado don Francisco Santamaría Rubio, del Seminario Conciliar de Logroño, por su trabajo «Los Seminaristas en la brecha.»

Además de otras recompensas le fué otorgada al agraciado un año de suscripción gratuita á EL AMIGO DEL POBRE que procuraremos servirle con la puntualidad que acostumbramos, deseándole con nuestro periódico provechosos frutos espirituales en su campo de acción.

Mil enhorabuena al señor Santamaría y que esta clase de satisfacciones se le repitan con frecuencia.

Correspondencia administrativa

Sr. D. L. M.—Pbro.—Manlleu.—Pagado hasta fin de Diciembre de 1910.

Sr. D. B. M.—Los Molinos.—Id. id. id.—Los números se le remiten siempre, como á todos, con rigurosa puntualidad.

De Lucena hemos recibido una carta sin firma y con una libranza; esperamos mas detalles.